

El milagro tras el diario

Una lluviosa noche de invierno, en la que las altas olas del inmenso océano se rompían en la costa de Cádiz. Yo venía de la universidad en mi pequeño coche, las gotas se desplazaban por el parabrisas dificultando la vista de la oscura carretera. Cuando llegué a casa mis padres me esperaban en la mesa del comedor con la cena servida, mi hermana estaba en su hortería habitación escuchando música, como siempre.

Mientras cenábamos a mi se me ocurrió preguntar por mis antepasados, pues justo ese día en la clase de Genética habíamos visto la amplia transmisión de enfermedades por herencia. Mi padre me dijo que tanto sus abuelos como sus bisabuelos se dedicaban al campo, eran personas simpáticas y sencillas, sin nada que les caracterize. Sí me contó que la madre de su tatarabuelo fue una mujer muy importante en su pueblo; ella andaba decenas de kilómetros para traer alimento a las familias que más lo necesitaban.

Mi madre me narró la historia de su tatarabuela. Ésta era una mujer con carácter y fortaleza,, cuyo marido logró salvar a gran parte de la ciudad y alrededores de una enfermedad de la que se desconocía su procedencia. A mi este tema me interesaba, y le pedí a mi madre que me llevara a la casa donde vivían con el objetivo de encontrar algo interesante.

A la mañana siguiente nos dirigimos a la hermosa mansión en la que el Doctor Lucas Louiex encontró la cura a la enfermedad. La puerta de entrada era enorme, construida a partir de madera de roble, que se abría con una llave dorada que mi madre había guardado en una pequeña caja de metal. Nada más entrar al salón me impactó la gran cantidad de diplomas, trofeos y galardones en los que se encontraba el nombre de mi tatarabuelo, por el gran avance que realizó para la medicina. Me dirigí a la habitación de Sara, mi tatarabuela, de la que no sabía absolutamente nada. Su cama era muy pequeña, con una manta verde cubierta de polvo sobre ella; había una mesita negra al final de la sala de la cual se podía abrir un cajón. La intriga y curiosidad invadieron mi cuerpo y me lancé a descubrir qué había en esa misteriosa gaveta; a mi sorpresa, encontré un diario. Las hojas del diario estaban dobladas y desordenadas, con la portada repleta de pequeñas gotas de agua y una especie de mensaje que decía “PS”. Rápidamente cogí el diario y, sin decirle nada a madre, me lo llevé conmigo.

Al llegar a casa subí las escaleras y me encerré en mi habitación, cerré el pestillo y abrí el diario:

23 de septiembre, 1950

He decidido escribir un diario. Seguramente nadie lea esto nunca y las hojas se pudrirán en alguna estantería. Voy a intentar plasmar en él todo lo que me ocurra, a modo de cauce para poder expresar mis problemas emocionales.

Hoy como cada mañana voy a coger los dos cubos de metal e iré al río a recoger agua. Luego volveré, le prepararé el desayuno a Lucas, mi marido, para que vaya a trabajar y luego limpiaré su habitación. Posteriormente saldré a comprar frutas y verduras al mercado, iré a comprarle huevos a Juan y volveré a casa a hacer la comida. Éste es mi día a día, siempre tengo el mismo horario.

Ya es de noche y me apetece comentar que hoy, mientras limpiaba la habitación de mi marido, he encontrado un libro de medicina muy curioso sobre enfermedades virales. Desde muy pequeña me ha gustado ayudar a las personas con sus problemas físicos; mi madre me preguntaba que por qué le dolía la espalda o el brazo y yo le sabía responder perfectamente, gracias a los libros sueltos que robaba en la biblioteca de la ciudad. De hecho, yo misma me encargaba de hacer que ese dolor desapareciera, y lo conseguía.

Tanto es el amor que tengo hacia la medicina que la primera causa por la que me enamoré de Lucas fue por su profesión. Así podía leer todos los libros que quisiera y completar mi sueño de ser médica. Sin embargo, por las circunstancias en las que vivimos me es imposible seguir ese objetivo.

27 de septiembre de 1950

Hoy escribo en un día lluvioso y con un cielo azul, caído, tímido. Al mirar por la ventana he presenciado ante mí las grises nubes atravesadas por la cima de la gran montaña; he oído el trino de las golondrinas marchando hacia lugares mejores, y el sonido del viento era lo único que se oía en la ciudad. Hoy no puedo hacer mi rutina, porque tanto el mercado como Juan cierran los días de lluvia, y los únicos que trabajan son los médicos.

Voy a aprovechar el tiempo en leer ese interesante libro que me encontré en la estantería de mi marido, quien no volverá hasta las diez de la noche. También haré la comida y lavaré la ropa con el mismo agua de la lluvia.

Son las once y hoy he tenido un mal día. Lucas ha venido un poco antes de las diez totalmente malhumorado. Ha tirado el plato de comida que le había preparado al suelo y me ha insultado antes de encerrarse en su habitación. Ésto ocurre frecuentemente, al pobre le tienen saturado las críticas de sus pacientes y en estos días tan negros su enfado aumenta. Lo comprendo, tiene una profesión muy dura y el agobio es parte de ella.

He podido leer bastante de ese libro. No me acordaba de algunas cosas que leí en mi infancia y hoy las he vuelto a recordar. Por ejemplo, hoy he aprendido de que el principal foco de propagación de un virus suele ser un animal, como las ratas en la peste negra o los perros en la rabia.

Estoy segura que mañana el día será mucho mejor que el de hoy.

28 de septiembre de 1950

Hoy el día se presenta más claro, con un cielo poseído por un azul radiante y el cacareo de las gallinas alumbrando la sonrisa de la verde ladera del monte. La ciudad hoy sí estaba despierta: los niños jugaban con sus improvisadas pelotas de fútbol y los cabreros paseaban con su ganado por la plaza central. Me dispondré a hacer la misma ruta de siempre y a ver si saco algo de tiempo para seguir informándome sobre las enfermedades virales.

Son las doce de la noche y desde lo que vi esta mañana no paro de temblar y suspirar profundamente. Cuando salí a comprarle los huevos a Juan me encontré con mi vecina Concha, que también compra allí frecuentemente. Me dijo que hoy Juan no había abierto porque las gallinas estaban dentro, que seguramente haya ido a ver a su hija, que vive en Sevilla junto con su marido. A mí me extrañó que no avisara de su viaje y fui a su casa a asegurarme de que estaba bien. Al cruzar la calle me percaté de que la puerta estaba abierta y rápidamente entré. Nadie me respondía y al llegar al salón me encontré a Juan tirado en el suelo, su cara totalmente pálida y fría. Le tomé el pulso para comprobar si seguía vivo, pero desgraciadamente había muerto. Seguidamente salí fuera y le dije a Pedro, que tiene la tienda al lado, que llamara a un médico sin hacer ninguna pregunta. A los pocos minutos mi marido llegó y efectivamente afirmó que Juan había muerto, por una causa inexplicable y desconocida.

Lucas ha estado toda la cena pensando sobre ello, intentando llegar a una idea de lo que le pudo ocurrir. Yo también he pensado pero creo que no tengo el suficiente conocimiento para llegar a dar con el clavo, éste es un caso única y exclusivamente para médicos. Si yo pudiera int...

29 de septiembre, 1950

Ayer no pude seguir escribiendo, ocurrió un suceso totalmente inesperado. De repente, alguien aporreó la puerta de mi casa con gritos de desesperación. Cerré el diario y fui a abrir la puerta. Decenas de personas se encontraban frente a mi casa, ocupando toda la calle e insultando a mi marido con voces desgarradoras. Según ellos, el doctor Louiex no había logrado curar la enfermedad que tenían sus hijos y éstos habían muerto con un dolor extraño e intenso. Entonces, fui a buscar a Lucas para que saliera él a hablar pero se había escondido en su habitación, me había dejado ante esa multitud de personas que lloraban las muertes de sus familiares causadas por un error médico. Intenté calmarlos pero era imposible, todos estaban hundidos emocionalmente. Les invité al salón y les entregué a cada uno 50 pesetas para que se marcharan rápidamente de la ciudad, porque sabía muy bien que lo de Juan está relacionado con todo ésto. Aceptaron el dinero y todos se fueron, excepto una anciana. Su nombre era Carla, me miró y me dijo: "Sé muy bien que tu conseguirás acabar con todo ésto, toma este viejo libro y léelo, te ayudará a ti y a todos nosotros.

Cuando estaba de encargada en la biblioteca observaba como robabas libros de medicina, yo en ningún momento te dije nada e incluso me hacía la loca para que no te dieras cuenta de que te veía. Nunca he querido quitar de tu camino ese gran sueño que ha definido toda tu vida.”. Al momento salió de la casa y se perdió por la oscuridad de la noche.

Todavía no me creo que esa mujer era la muchacha de la biblioteca, sigo totalmente impresionada.

Mi marido partió hace una hora hacia Galicia, para ver a su viejo amigo y compañero el doctor Miles. El objetivo de ese viaje es compartir con él todo lo sucedido en nuestra ciudad y juntos poder encontrar la causa y una cura para exterminarla. El doctor Miles le ha comentado que allí también están sucediendo sucesos bastante extraños y decenas de personas mueren diariamente.

No hay ninguna tienda abierta y la ciudad está completamente vacía, echo de menos los gritos de alegría de los chiquillos o el los balidos de las cientos de cabras que pasaban por mi puerta todas las mañanas. Me he quedado sola en casa, aunque ahora tengo al gato del pobre Juan, no iba a dejar al animal solo y sin comida. Le he llamado Relenza.

5 de octubre, 1950

Mi marido sigue sin aparecer. Estos días no he escrito nada, he estado ocupada ordenando toda la casa, sobre todo los libros de Lucas, que estaban desparramados por el suelo, resultado del ataque de ira que le dio la noche del 28 de septiembre. No me encuentro bien psicológicamente, últimamente no paro de llorar y nunca sonrío. Todo esto es un desastre. Yo misma creo que no voy a poder arreglar nada de lo que está ocurriendo porque no tengo la capacidad para ello, no voy a alcanzar mi sueño porque no valgo para nada, solo para ir al mercado y hacer la comida.

Ahora estoy leyendo el libro que me dio Carla. Se llama El Humanismo, su escritor es Abraham Maslow y tiene el objetivo de que el lector consiga la libertad personal y el libre albedrío para desarrollar todo su potencial. Según Maslow el amor y la autoestima son elementos claves para resolver problemas psicológicos. Creo que lo que falla es la autoestima, necesito incrementarla para poder alcanzar la felicidad.

Voy a volver a coger ese libro de medicina que dejé de leer por las circunstancias que se dieron y voy a intentar buscar yo misma esa solución. El tiempo que tenía para ir al mercado y limpiar limpiar la ropa lo voy a emplear en buscar la prevención de esta maldita enfermedad.

8 de octubre, 1950

Lucas sigue en Galicia y yo he terminado de leer el libro de enfermedades víricas. He estado pensando durante estos días en la causa de la muerte de Juan, y si puede llegar a tener alguna relación con la rabia o la peste negra. Empecé a dibujarme un esquema en mi cabeza y recordé que donde vivía el doctor Miles, norte de Galicia, también había una gran cantidad de casos. Curiosamente todo coincide. Juan compraba la mayoría de gallinas en el norte de Galicia; de hecho, Lucas conoce a Miles gracias a Juan. Hace aproximadamente 40 años, en España surgió un brote de gripe cuyo “epicentro” fue una granja con gallinas. ¿Y si ha vuelto a surgir y esa misma enfermedad procede de las aves?

Esta tarde iré a la granja que tenía Juan en las afueras de la ciudad, en la que tenía un centenar de gallinas. Cogeré una y comprobaré la reacción de mi cuerpo ante ella. Durante ese tiempo intentaré elaborar una vacuna a través de la sangre del animal.

Ya son las dos de la madrugada, he cogido dos gallinas y las he encerrado en mi habitación, para ir apuntando los síntomas que voy teniendo a medida que pasa la noche.

9 de octubre, 1950

Me he levantado con un dolor de cabeza intenso, que ni siquiera me deja concentrarme. Tengo fiebre y he vomitado un par de veces en lo que llevo de mañana. Estoy segura de que estoy experimentando lo mismo que el pobre de Juan y las otras mil personas que ya han muerto por esta cruel enfermedad. No puedo pararme, tengo que elaborar la vacuna cuanto antes, porque si nadie lo hace se seguirá expandiendo y se repetirá el desastre del 1919.

10 de octubre, 1950

Creo que lo tengo. Mi estado de salud está empeorando por horas y cada vez me encuentro más decaída y débil. Sin embargo, creo que he conseguido dar con la vacuna de esta gripe aviar. Ahora lo único que me falta es un voluntario para comprobar su efectividad, pues yo ya tengo la

enfermedad dentro de mi cuerpo y todo intento será para nada. Espero que tenga suerte y logre cumplir mi sueño de sanar a una gran cantidad de personas .

11 de octubre, 1950

Ayer, tras buscar por toda la ciudad no vi a nadie; casas vacías y calles desiertas. Pensé que forzar a mi endeble cuerpo para encontrar una solución no valió para nada, pero justo cuando iba a entrar en casa escuché una voz. Miré hacia atrás y allí estaba aquella mujer que cambió mi vida, y seguramente la de muchas personas. Carla sabía muy bien lo que yo buscaba y me lo transmitió con sus azulados ojos, diciendo dulcemente: “Yo soy la persona que buscas, Sara”. Me emocioné e iba a abrazarla, pero me contuve para no fastidiar todo lo conseguido hasta ahora.

Ayer por la noche le inyecté a Carla la vacuna. Ha dormido en la habitación en la que yo cogí la enfermedad y hoy ha amanecido perfectamente. He conseguido dar con la solución, y la llamaré Relenza en honor al que me ha acompañado estos días. Ahora me encuentro muy mal, mañana reflexionaré sobre todo esto.

29 de octubre, 1950

Me gustaría haber leído tu reflexión sobre todo lo que conseguiste Sara. Cuando llegué a casa el 12 de octubre te encontré en tu cama, echada sobre la manta verde que te regalé hace cinco años. Cuando vi que habías muerto el mundo se me echó a la espalda, no debería haberte dejado 2 semanas aquí sola con todo lo que estaba ocurriendo. Pero tu lo conseguiste Sara, alcanzaste el sueño que te propusiste en este mismo diario sobre el que escribo, lograste dar con la vacuna de la gripe aviar. Vi el frasco con su nombre, Relenza, y rápidamente inyecté pequeñas dosis a personas de la ciudad. Desde entonces el número de casos fue decreciendo y se ha erradicado totalmente la enfermedad, gracias a ti. Gané muchos premios, galardones y trofeos que coloqué en la zona de la casa que más te gustaba, el salón, donde ayudaste a todas esas personas. Yo bien sabía que todos esos premios no iban para mí, pero si los llego a rechazar ambos nos convertiríamos en anónimos por el resto de la historia, porque estas personas piensan que las mujeres no tienen la capacidad para conseguir grandes logros, lo mismo que yo pensaba antes de estas semanas.

Junto al frasco encontré este diario. He preguntado a varias personas de aquí y nadie conoce a Carla, están seguros de que nadie había vivido en esta ciudad con este nombre. Llegué a la conclusión de que Carla era una invención tuya. El libro de El Humanismo lo tenía yo en mi estantería, en la biblioteca de la ciudad nunca trabajó ninguna Carla y tampoco lograste probar tu vacuna con nadie, porque tu cuerpo te impedía salir de la cama. Cuando leíste el libro de Maslow te diste cuenta que para resolver la depresión que tenías necesitabas amor y autoestima. Lo segundo lo lograste tener, pero de lo primero carecías, y por eso te inventaste a esa dulce anciana que te trataba bien y te ayudaba con todo lo que le pedías, eso es lo que buscabas en mí pero yo no te daba. He llorado todos los días sobre este diario e incluso lo he destrozado por la rabia que tengo en mi interior. Tengo mucha culpa y lo sé, debí darte la felicidad que merecías.

Espero que alguna vez alguien lea este diario y te puedan dar el reconocimiento que mereces, mientras tanto en él escribo PS: Perdóname Sara.

El 30 de octubre Lucas Loeix fue hallado muerto en su habitación.